





C O N T R A T A P A

## MURIO HUMBERTO COSTANTINI

### ¿Con quién me voy a pelear ahora?

(Por Pedro Orgambide) Yo era un chico que admiraba a ese escritor adolescente, con quien compartía la precoz afición por la literatura, la política y los tangos. A mí me asombraban entonces los conocimientos de mi amigo, sus dotes de versificador, sus lecturas en italiano, su aptitud para descifrar las palabras hebreas y para describir las costumbres errantes de los pájaros.

Hablo de Humberto Costantini, nacido en Buenos Aires en 1924, quien, de joven, ejerció su profesión de médico veterinario en pueblos de campaña y que más tarde trabajó como investigador científico. Pero el lector de Pirandello, el admirador y amigo del poeta Mario Jorge de Lellis, sólo quería escribir, dedicarse totalmente a la literatura.

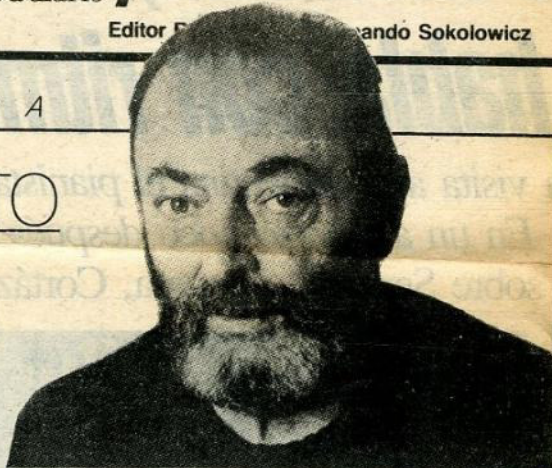
No era fácil, había que ganarse la vida, como todos. Y Humberto Costantini intentó los más variados trabajos: oficinista, corredor de comercio, ceramista; aunque lo que quería, como digo, era sólo escribir. Uno cruzaba el patio de la vieja casa, en el que jugaban sus hijos, y llegaba al galpón donde Costantini escribía sus cuentos, robándole horas a cualquier rutina.

En 1958 publicó su primer libro de relatos: *De por aquí nomás* y en 1963, el segundo: *Un señor alto, rubio, de bigotes*. Le bastaron estos dos libros para perfilarse como uno de los narradores más significativos de la Argentina y así lo entendieron los jóvenes de la llamada generación del '60, que reconocieron en él a un maestro. En 1963, también publicó *Tres monólogos* de teatro y un año después *Cuestiones con la vida*, un libro de poemas que acompaña su peripecia vital y que fue creciendo en sucesivas ediciones. En 1966, Costantini publica otro libro de cuentos: *Una vieja historia de caminantes*.

El autor de memorables milongas, escribe a comienzos del '70 la versión tanguera del mito de Orfeo: *Háblenme de Funes*, relato a varias voces que espera aún la música de un gran compositor. Prosa con la cadencia del tango y el aire de la tragedia, que Costantini conoce bien por su frecuentación de los clásicos. Pero otras tragedias sucedían en nuestro país. De ellas deja testimonio Costantini en el *Libro de Trelew*. Aparecen *Más Cuestiones con la vida* y los cuentos de *Bandeo*. Son tiempos difíciles, años de entrañable amistad con otro escritor ejemplar: Haroldo Conti.

En esos años, Costantini comienza su novela *De dioses, hombrecitos y policías*. "La empecé a escribir en plena represión, en pleno terror. La seguí escribiendo porque sí, por vicio, digamos, para hacer algo en una época en que escribir parecía un disparate. Lo cierto es que, sin quererlo, el primer beneficiario fui yo; la realidad de la novela me arrancaba de la espantosa realidad de todos los días. No exagero si digo que me ayudó a vivir."

Esos originales son los que mi amigo traía en la valija, cuando nos encontramos en México. El exilio fue duro para



### EPILOGO

El sábado, en una reunión de amigos de Costantini, se leyó esta nota, que a él le gustaba mucho, según dicen. No pude ir. Me enfermé con una extraña fiebre. Pero él la oyó en el grabador, donde sonaba, también, la música que alguien había puesto a sus milongas. Sonreía, dicen. No lo vi éstos últimos días, no tuve fuerzas. Me faltó coraje para asistir al fin. En cambio, en estos meses, lo vi rodeado de sus amigos, de las mujeres que lo habían amado alguna vez. Y conversamos a solas, claro. De literatura, de política, de la vida que compartíamos aún y de la muerte que enfrentaba solo. "No tengo miedo", me dijo. Vi cómo adelgazaba su barba de patriarca, por efecto de las radiaciones. Vi en él los muchos rostros del amigo: el peleador, el tierno, el arbitrario.

"¿Con quién me voy a pelear ahora?", bromeé. Y como si tuviéramos todo el tiempo por delante, como si tuviéramos veinte años y fuéramos jóvenes e inmortales, como decía Thomas Wolfe, charlamos acerca de su novela, la que estaba escribiendo, de Raquel, la muchacha judía que llega a esta parte del mundo, en tiempos de intolerancia, como siempre. Se fatigaba, le faltaba el aire. Pero llegaba a escribir diez, doce, catorce páginas por día. Las mejores páginas (si es que existen mejores y peores desde el punto de vista de Dios, con el que a veces discutía el agnóstico) las páginas inevitables, en todo caso. Ayer murió. Un rato más y cumpliríamos con el ritual de despedirlo. Sus textos no descansarán, por suerte. Seguirán inquietando, ayudando a vivir a los que quedan.

él. No podía vivir sin Buenos Aires y se quejaba de la "luna chanta" que iluminaba las noches del otro hemisferio. Allí escribió cuentos hermosos, que fueron premiados, una obra de teatro, otra novela, poemas. Pero sufría mucho, lo sé. Regresamos a la Argentina el mismo día, en el mismo avión. Costantini miraba las nubes como quien viaja en colectivo y observa las calles amadas. Esa noche, como era de esperar, anduvo deambulando por la calle Corrientes, frente al Obelisco.

Ahora otros jóvenes leían sus libros y se acercaban a él. Sus dos novelas: *De dioses, hombrecitos y policías* y *La larga noche de Francisco Sanctis*, más los cuentos de *En la noche*, eran implacables testimonios del oprobio reciente. Esos textos, además, habían trascendido nuestras fronteras. Se leían sus libros en los Estados Unidos, en Israel, en Cuba, en Bulgaria, en Alemania, en los países escandinavos. Tenía nuevos y lejanos lectores. Un millón en la Unión Soviética, por ejemplo. Entretanto, él seguía escribiendo otras milongas, otros poemas, otras cuestiones con la vida y publicaba un libro de teatro: *Chau, Pericles*.

Eramos vecinos otra vez, del mismo barrio. Nos encontramos, como cuando éramos jóvenes, para hablar de literatura, de política y de tangos. Me mostró los originales de una vasta novela y me asombré nuevamente ante el vértigo de su prosa, frente a esa saga que recrea el Tiempo, donde las mujeres y los hombres repiten el camino de la diáspora y de los pájaros errantes.

Lo dejé trabajando, ajustando sus cuentas con Dios, como él dice.